

SIN EMBARGO,
ESPERARÉ

Autor: Adrei

Un joven robusto avanzaba con paso firme y contundentes zancadas a pesar de lo empinado de la calle. Chaqueta al hombro y mirada baja, que sólo levantó tras escuchar el murmullo de las muchachas que llenaban sus recipientes en la fuente de “La Corcillada”.

Escuetos saludos, pícaras sonrisas, furtivas miradas. Una joven de tupida cabellera negra se adelantó unos pasos para cruzar algunas apresuradas frases con el recién llegado. Apenas hubo despedida, él continuó su camino, ella se alejó lentamente en dirección contraria aferrada a su cántaro, mientras el resto de las chicas se enzarzaban entre cuchicheos, risas y bromas, sin duda, a costa de la pareja que se acaba de ausentar.

Cuando Joaquín llegó a su casa se dirigió directamente a la cocina, donde una mujer menuda se afanaba en preparar la cena. Esperó que fuera ella quien comenzara la conversación, no le resultaba sencillo hablar de sus sentimientos, ni siquiera con su madre.

- No sé qué hacer, no puedo irme sin ella –respondió después de que la mujer rompiera el fuego.

- Llévala contigo –replicó María tras un pequeño silencio.

Joaquín era consciente de que su madre no era como el resto de las madres. Pensaba diferente. No actuaba como la mayoría de la gente del pueblo que se aferraban a las viejas creencias: “¿Qué dirán?”, “Nunca se han hecho las cosas de otra forma”, etc.

Sin embargo, la mujer estaba cansada de sufrir. Perdió al mayor de sus hijos en una lejana guerra al otro lado del océano. Otro murió en plena calle, una turbia noche en que la oscura tranquilidad de la madrugada resultó mancillada por una fatídica mezcla de odio, vino, antiguas rencillas y otros oscuros ingredientes que desembocaron en una feroz riña. Centelleó veloz el terrible acero y en unos segundos la calle se tiñó de sangre. Gente corriendo, lamentos de muerte y por unos segundos el silencio recobró su espacio.

Lo apuñalaron dos hermanos, habitantes del pueblo, tras una absurda discusión. Uno de ellos asumió el crimen y desde entonces contaba los días desde el hacinamiento de la prisión que se había convertido en su nuevo hogar. El otro, Fernando, corrió mejor suerte. Continuó viviendo en el pueblo, haciendo gala de su arrogancia y altanería. Joaquín sentía como la sangre le hervía cada vez que ambos coincidían y tenía la seguridad de que, de no poner tierra de por medio, algún día no sería capaz de contener su ira, devolviéndole la afrenta al criminal.

Su madre llevaba mucho tiempo insistiendo para que Joaquín y su hermano Mariano se fueran. Argentina sería un buen destino. Los que se fueron, hicieron fortuna o, al menos, vivían decentemente. Se mostraba convencida de que, si permanecían en el pueblo, la desgracia volvería a aparecer. O les llamarían para alguna nueva guerra, o acabarían matando a su arrogante paisano para que luego alguien les matara a ellos o, en el mejor de los casos, terminarían pudriéndose en alguna mugrienta prisión. “Prefiero tener dos hijos en las Américas, que tenerlos aquí, bajo un par de metros de tierra”. Joaquín y Mariano escuchaban a menudo aquella frase de boca de su madre.

Casi todo estaba organizado. La menor de las hijas se quedaría en el pueblo con sus padres y con un poco de suerte, la podrían casar con alguien que garantizara la continuidad de la hacienda. El cabeza de familia no opinaba. La verdad es que apenas hablaba de nada que no fuera relativo a las tareas del campo, las ovejas y lo mal que se iba a poner el mundo en los próximos años. Lo pasó mal con la muerte de sus hijos y, como guardó dentro toda su amargura, esta se fue convirtiendo en un veneno que lo iba minando día tras día. En su casa no recordaban cuando lo vieron sonreír por última vez. María decía que algún día iba a explotar y entonces podría pasar cualquier cosa.

Lo único que detenía a Joaquín era “su” morena. Una muchacha especial a la que amaba desde que poseía uso de razón. Muchos la admiraban. Algunos la pretendían, aunque se mantenían a distancia, pues Joaquín también era admirado y respetado. Los que no se dejaban llevar por la envidia sabían que eran una pareja casi perfecta. Pero ella no podía acompañarle. Joaquín le

explicó a su madre que se lo había propuesto, pero Carmen debía de cuidar de sus padres ya mayores y hermano, que veía pasar los años, sin decidirse a casarse con su novia de toda la vida.

Joaquín partió al fin junto a su hermano. La despedida oficial fue un tanto fría. En casa de Carmen, en presencia de su familia. Luego, tras salir de la casa, Joaquín esperó paciente en un recodo de la calle donde la oscuridad de la noche le sirvió de aliada. Rato después y en complicidad con la misma oscuridad, llegó Carmen. Ninguno tenía la absoluta certeza de que sus vidas se volverían a cruzar más allá de aquella estrellada noche. Aun así, ambos alcanzaron el solemne compromiso de que el día del reencuentro llegaría. Él fue el primero en jurar que volvería a buscarla. Ella no dudó ni un instante en jurar que esperaría ansiosa su regreso. Por primera vez, y con la incertidumbre de si sería la última, penetraron juntos en los misterios de la madrugada para disfrutar abrazados de un amanecer que les pareció el más hermoso que nadie antes hubiera contemplado. Alternaron lágrimas con sonrisas de esperanza. Lágrimas de dos almas que acababan de sellar un pacto de hermandad, si es que no eran hermanas ya, desde mucho antes de que Carmen y Joaquín se conocieran.

Ella aguardó esperanzada y, a medida que se aproximaba la primavera, su mirada volvió a recobrar el brillo olvidado. Un año, le había dicho él. Y, en la única carta recibida desde su partida, varios meses atrás, le hablaba de lo bien que le iban las cosas y de su firme voluntad de cumplir su promesa.

Todas las tardes, tras realizar sus tareas cotidianas, Carmen salía a las afueras del pueblo, lugar conocido como “La Cruceta” para ver aparecer a su amado en la lejanía. Pasó la primavera, y hasta el verano. Vio llegar a docenas de viajeros que venían al valle o se dirigían a Francia a través de los puertos. “Si no apareciera con la primavera, espérame hasta San Miguel” fue la posdata de la carta recibida. Pero ni Joaquín aparecía ni nadie que trajera noticias suyas. El fin del otoño la devolvió a la realidad y quiso creer que sería la siguiente primavera. Tras un invierno triste en que

recibió noticias de la madre de Joaquín que decían que este se encontraba bien, se dispuso a acudir de nuevo cada atardecer a su cita con “La Cruceta”. Aquella primavera su mirada se volvió triste. Sus labios olvidaron como sonreír y Carmen, que siempre había defendido la palabra de su prometido con vehemencia, comenzó a dudar. Sin embargo, salía cada tarde, empujada por una esperanza que todavía se mantenía firme.

La madre de Joaquín se compadecía de ella y, una tarde, le habló con total franqueza.

- No sé si volverá. Deberías de seguir con tu vida y no desperdiciarla en una espera tan incierta.

Muchos le habían dicho cosas parecidas, a lo que Carmen respondía de forma algo hostil. Sin embargo, le gustaba escuchar a María. Su franqueza, su manera de ver la vida e incluso su mirada tierna le recordaban a “su” Joaquín. Tras aquel cuerpo grande y aquella voz grave, se escondía una persona sensible y tierna. No era muy corriente que los hombres de aquellas tierras trataran a sus mujeres con el cariño y educación con que Joaquín lo hacía. Pero esas cualidades eran un arma de doble filo. Algunos le recordaban constantemente que en Argentina las mujeres eran muy bellas y que su prometido sería presa fácil para ellas. Quizá tuvieran razón. ¿Cuántos compromisos se habían roto y cuántas promesas se habían olvidado cuando la distancia y el tiempo se convertían en una barrera casi infranqueable?

Tuvo que llegar la cuarta primavera para que Carmen comenzara a cambiar. En ese tiempo su hermano se había casado trayendo a casa a la joven esposa con la que Carmen entabló una sincera amistad. La joven le llegó a animar a que se fuera en busca de su amado, al entender que la tristeza se estaba adueñando de ella. Pero Carmen tenía algunas cosas muy claras. Esperaría a Joaquín por que le amaba, pero no iba a ir en su busca para obligarle a aceptarla. Había puesto muy alto el listón de su dignidad y, si él la quería de verdad, debería demostrarlo.

No le faltaban pretendientes que, sabiendo la costumbre de Carmen de salir todos los atardeceres, se hacían el encontradizo para conversar con la joven. Hasta el arrogante Fernando se había aventurado a tirarle los tejos. “Él se fue despacio, como las aguas del Zinqueta, para no volver” le dijo solemnemente, remedando a algún poeta y esperando que ella cayera a sus pies, tal era su jactancia. “Las golondrinas se despiden cada otoño, para volver con la primavera” le respondió ella antes de irse dejándole plantado en compañía de su vanidad.

Había aprendido muchas cosas en los largos atardeceres. Aprendió qué presagiaban las nubes rojizas a la puesta del sol, así como el lugar y la hora en que éste se ponía a medida que avanzaba el año. Vio como los cuervos, todos los días fieles a su cita, desfilaban con las últimas luces hacia la peña de San Martín despidiendo cada agonizante día con sus roncros graznidos. Había visto a los mismos árboles desnudarse cada otoño para lucir renovadas hojas y nuevos brotes unos meses después... Lo que todavía no había aprendido era a ser feliz en ausencia de su amado.

Carmen sabía cómo mantener a raya a sus pretendientes, aunque a algunos les concedía algo más de confianza al descubrir que no le desagradaba su compañía. En la última fiesta a la que acudió empujada por su cuñada, bailó con un muchacho con el que comenzó a congeniar. Al principio se sintió culpable, pero tras mucho reflexionar, concluyó que no había nada de malo en hablar o bailar con otros hombres. Al fin y al cabo ella no era la que había roto el compromiso. Joaquín no había dado señales de vida desde hacía mucho tiempo. Cosa que tampoco resultaba demasiado extraña, teniendo en cuenta que el cartero del pueblo era un joven que también la pretendía y que disfrazados de amistosos consejos, le ofrecía múltiples motivos para olvidarse del ausente.

Carmen había cambiado, aunque seguía fiel a su compromiso de cada tarde. Quizá por costumbre, quizá por inercia, o porque había encontrado otros motivos que la ilusionaban, quizá otras conversaciones y otras miradas. Seguía enamorada de Joaquín, pero sabía que sería cuestión de tiempo que su corazón pudiera ver más allá. Su lealtad apenas pendía de un hilo.

Una tarde de Septiembre su mirada recobró el brillo de antaño. Había tomado una decisión. El día de San Miguel saldría por última vez a esperar un regreso más que improbable. Quiso pensar que ya no salía por él, no era la esperanza quien la empujaba. En realidad, se sinceró, sí era la esperanza, la pequeña llama que se resistía a consumirse. Sin embargo, en su cabeza lo tenía claro. No esperaría más. Sólo había un pequeño inconveniente. Cabeza y corazón no iban a la par. No obstante, estaba convencida de que era cuestión de tiempo. Sabía por experiencia que la mente es capaz de cambiar los deseos y los sentimientos. No era tarea fácil, pero ella lo conseguiría. Se había propuesto comenzar a destruir el recuerdo. En poco tiempo su corazón se liberaría, de la misma forma que lo acababa de hacer su mente.

Cuando el sol se despidió arrancando, como cada tarde, un nuevo jirón en el menguado ánimo de Carmen, ella se levantó de su asiento sonriendo y se dispuso a marchar y comenzar su nueva andadura. Lanzó una última mirada al horizonte casi involuntaria. ¿Le había traicionado la esperanza, su corazón se negaba a abandonar o simplemente la fuerza de la costumbre le obligó una vez más a mirar atrás? Permaneció inmóvil un momento, sus labios dibujaron una desconocida sonrisa. Debiera haberse sorprendido, pero no lo hizo. En lo más profundo de su ser lo sabía con absoluta seguridad...

Un joven robusto ascendía con paso firme y contundentes zancadas. Chaqueta al hombro y mirada baja que levantó para ver a lo lejos una joven de negros cabellos que tras levantarse volvía la vista atrás.

FIN



